

LA MEJOR LECCIÓN DE HISTORIA

JUSTO SERNA

Imaginemos la mejor lección impartida por nuestro profesor preferido. Aquel día, la enseñanza del docente alcanza su plenitud. De su público reclama atención; y a sí mismo se exige claridad, persuasión, razonamiento e ironía: esa ilustración desprendida y levemente guasona de quien mira con agudeza. Supongamos que ese profesor pronunciara así, en estado de gracia, una serie de conferencias. Supongamos, en fin, que esas lecciones se editaran después.

Eso que describo en estos términos es lo que ocurre con *¿Qué es la historia?*, de Edward Hallett Carr. Las páginas de este libro equivalen a las seis conferencias *Trevelyan* impartidas en la Universidad de Cambridge entre enero y marzo de 1961. Por un lado, analizó la historia —lo que es, lo que significa— de manera clarividente, con una escritura persuasiva y mordaz. Por otro, examinó la tarea del historiador —las preguntas que se hace, los documentos que consulta— con una prosa refinada y docta.

Se cumplen ahora cincuenta años de dicho acontecimiento académico y llevamos décadas con el volumen que recoge aquellas charlas. Son una síntesis sobre la historia como proceso y como pesquisa; un estudio sobre el pasado y sus documentos; una meditación sobre los individuos y su circunstancia. Cuando Carr trataba todo esto, el historiador estaba en el cenit de su carrera.

Su existencia era la de un estudioso que no se resignaba



Edward Hallett Carr.

ARIEL



¿Qué es la historia?

E. H. Carr

Ariel

21 euros

160 páginas

a la tranquilidad del gabinete o de las aulas. Siendo muy joven, en 1918, había estado en el cuerpo diplomático británico. Había estado también en Rusia y en algún otro Estado del Báltico tras la Revolución bolchevique, acontecimiento al que Carr dedicará muchos años. Es ése un esfuerzo que se plasma en la larga y densa *Historia de la Rusia soviética*. Pero hay más. Para cuando dicta las conferencias *Trevelyan*, Carr es un analista muy influyente: por ejemplo, editorialista en *The Times*. Había estado también en Cambridge como estudiante y ahora, en 1961, regresaba como profesor conferenciante cuando dicha Universidad aún estaba en el centro académico del Imperio. La actividad era incesante.

El conocimiento de los hechos pretéritos, de los factores causales, de los contextos, de la sociedad resulta determinante —admite—, pues nos hace ver al hombre como lo

que es: un ser escaso de tiempo y de recursos que se desarrolla en medio de grupos y relaciones. En ello, en esa certeza, distinguimos la simpatía que Carr sintió por el marxismo. Pero el conocimiento de la acción individual, de las intenciones, de las elecciones, de la moralidad de los sujetos resulta igualmente determinante —añade—, pues nos hace ver al hombre como lo que también es: un ser potencial, dotado de habilidades y capaz de poner en marcha todo tipo de arbitrios en contextos limitados. En ello, en esa certidumbre, constatamos la convicción en la que Carr fue instruido: el liberalismo.

Página a página podríamos repasar sus erudiciones, sus analogías, sus casos, sus anécdotas, sus ironías. Él dedicó seis breves lecciones a explicarnos qué es la historia. Con su libro podríamos estar, por ejemplo, seis largos años desentrañando su argumentación y oponiendo nuestros reparos, lo que Carr no dice o calla. Es igual. El gran académico saldría vencedor: tal es la prosa enérgica y socarrona que emplea; tal es su prudente elegancia. Nos conjuraríamos para volver a empezar, para releer estas páginas por tercera, por cuarta vez. No es una hipérbole: son la mejor lección de historia.

CARR ANALIZA LA HISTORIA DE MANERA CLARIVIDENTE, CON UNA ESCRITURA PERSUASIVA Y MORDAZ Y EXAMINA LA TAREA DEL HISTORIADOR CON UNA PROSA REFINADA Y DOCTA